

LIBRI, BIBLIOTHECHE E CULTURA NELL'ITALIA DEL CINQUE E SEICENTO, a cura di Edoardo Barbieri e Danilo Zardin, Milano, Vita e Pensiero, 2002, págs. X, 460.

Giuseppe Mazzocchi (Università di Ferrara)

[Reseña]

El volumen colectivo que tengo el gusto de presentar a los lectores de Avisos recoge amplios y densos estudios que documentan las investigaciones promovidas en Milán por dos especialistas del libro antiguo bien conocidos: Edoardo Barbieri y Danilo Zardin.

Como ya el título indica, todos los trabajos se encuadran en un terreno fronterizo donde se cruzan -y con resultados a menudo sorprendentes- la producción editorial, la historia de la lectura, la historia de las bibliotecas y la historia de la cultura. Por otra parte, si se considera el relieve que tiene lo hispánico en la Italia de los siglos XVI y XVII, y en el mundo del libro y de la espiritualidad sobre todo, no sorprenderá la cantidad de referencias a autores españoles que nos salen al encuentro en las páginas de este volumen, y la utilidad, también metodológica, que el mismo puede tener para los historiadores del libro español.

En este sentido, es recomendable, en primer lugar, la lectura del extenso estudio de Luca Ceriotti («Scheletri di biblioteche, fisionomia di lettori. Gli inventari di biblioteca come materiali per una anatomia ricostruttiva della cultura libraria di antico regime»), que ofrece una reflexión teórica importante sobre una tipología documental, el inventario, que con demasiada frecuencia tendemos a considerar objetiva. Fundándose en el examen de cientos de inventarios -las referencias del trabajo constituyen casi un repertorio bibliográfico sobre los inventarios de libros en la Italia de Antiguo Régimen- Ceriotti reflexiona sobre el carácter aleatorio de tal confianza: si queremos deducir de un inventario el perfil cultural del poseedor de la biblioteca -según Ceriotti término que normalmente es preferible a 'colección', ya que éste supone una voluntad poco corriente de selección y un amor por los libros que se impone sobre otros intereses-, hemos de tener en cuenta también que el mismo refleja un momento determinado de la historia de la biblioteca, que hace falta reconstruir la formación de esta última, que libro poseído no equivale a libro leído, que hay materiales que, por la baja estima en que se les tenía -o por prudencia- no entran en un inventario. Finalmente, al hacer una historia de la lectura, habría que considerar también a los lectores sin inventario, o sea, los propietarios de pequeñas bibliotecas, o a quienes como los religiosos o las mujeres, no suelen disponer de una biblioteca propia y aprovechan la conventual o la familiar.

Del libro espiritual se ocupa Edoardo Barbieri en un estudio de amplia envergadura titulado «Fra tradizione e cambiamento: note sul libro spirituale del XVI secolo». Muchas ideas reñues sobre el tema se tambalean ante los documentados asertos del especialista, quien nos recuerda en primer lugar que «el libro espiritual es, en realidad, un libro muy vinculado a la praxis concreta, a la vida real, ya que refleja, bien como modelo ideal propuesto o impuesto para la imitación de los lectores, bien como descripción de un proceso o de prácticas que ya habían llegado a afirmarse, toda la

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 36 (enero-marzo, 2004)

experiencia religiosa de una época» (pág. 7); y subraya luego que la literatura espiritual para legos fue al principio menos controlada por la jerarquía eclesiástica que la teología: «Los Índices de por sí nunca prestaron la menor atención al libro espiritual en vulgar, interesándose sobre todo por el de argumento teológico, normalmente en latín» (pág. II). Por otra parte, a lo largo del siglo XVI, se afirma una literatura nueva: un editor como el veneciano Gabriele Giolito produce libros espirituales en cantidad -no se olviden las numerosas ediciones de fray Luis de Granada que salen de sus tórculos- «para el hombre culto que pretende informarse y disfrutar de una buena lectura a la vez» (pág. 22); y así, más por intuición propia que por presiones del poder, el editor crea a un nuevo lector de libros religiosos: «Parece ser que Giolito -incluso por la importancia de su empresa- no sufrió presiones en este sentido; mejor dicho, captó cierta tendencia de la época y se dedicó en persona a alimentar la demanda de tales libros además de satisfacer encargos de fuera» (pág. 22). Así, no extraña que el libro espiritual del siglo XVI muestre el cambio drástico de la lengua religiosa: un clásico espiritual del siglo XIV como Domenico Cavalca se imprime con su expresión remozada en profundidad. Y, por otra parte, este sector de la producción libraria muestra de forma elocuente la dialéctica biblioteca individual-biblioteca conventual para los religiosos -que corresponde muchas veces a una tipología editorial diferente-, e ilustra la «separación de los papeles sociales» (pág. 27). En esta línea, se somete a revisión también la prohibición de imprimir la Biblia en lenguas vernáculas: en primer lugar, el discrimen lingüístico no separaba a los seglares del clero, sino a los doctos de los incultos; y sobre todo: «a menudo, el patrón con que se juzga que los católicos no leían la Biblia induce a error; se trata, de hecho, de un prejuicio que acepta como modelo la lectura individual de la biblia, tal como se leyó en el ámbito protestante del Setecientos» (pág. 37).

El problema de la lengua, y más en concreto del romance, es el foco de interés de las páginas de Michele Colombo sobre Giovanbattista Possevino -vivió en la segunda mitad del siglo XVI- y su traducción con comentarios al toscano de los textos de los Maitines y de los himnos del breviario. Se trata de una operación dirigida al clero y a los religiosos, y nace de la preocupación de que, al recitar las horas, estos comprendan plenamente los textos; la operación cultural y editorial entra, pues, dentro de la voluntad católica de controlar el acceso y la fruición del texto sagrado.

En torno a la dialéctica entre el libro religioso y el poder eclesiástico se erigen varios estudios. De Roberto Rusconi se vuelve a imprimir aquí la ponencia leída en el congreso de Marsella sobre «Les religieuses et leurs livres» (1997); Rusconi considera el problema de los inventarios de las bibliotecas de los conventos italianos que ordenó la congregación del índice a finales del siglo XVI. Se trata de una documentación abundante, bastante aprovechada por los historiadores en estos últimos años, aunque la prudencia es necesaria: una correcta interpretación de estos listados no puede prescindir de la historia de cada orden y de cada convento -la riqueza de cada biblioteca está en función del número de religiosos-, y de las técnicas que se utilizaron para ocultar libros prohibidos. Giancarlo Petrella, reconstruyendo la biblioteca individual del «humanista e inquisidor» Leandro Alberti, dominico boloñés nacido a finales del siglo XV, nos ofrece un ejemplo extraordinario de excavación arqueológica en bibliotecas, siguiendo la pista de las lecturas de Alberti, y estudiando los ejemplares con sus anotaciones.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 36 (enero-marzo, 2004)

Samuele Giombi, por su parte, en un estudio titulado «Sacra eloquenza: percorsi di studio e pratiche di lettura», examina la relación entre la predicación y el mundo de los libros: por un lado tenemos, en efecto, las ediciones de manuales para predicadores -a menudo obra de españoles: Tomás Trujillo, Diego de Estella, Luis de Granada...-; por otro, la tratadística tanto española como italiana: Botero, Panigarola, Carbone..., no deja de evidenciar que al predicador le es indispensable una cultura amplia y profunda, que no se limite a las materias eclesiásticas, y esto supone el acceso a bibliotecas bien abastecidas y el tener a mano unos textos clave de consulta. En una figura tan emblemática de la sensibilidad barroca como el predicador, se expresa de esta forma la actitud enciclopédica del siglo; y así, en 1573, el dominico Juan de Segovia puede llegar a recomendar en su *De praedicatione evangelica* -el tratado contrarreformista que más se detiene en las lecturas del predicador- los *Adagia* de Erasmo.

Otra colaboradora del volumen, Erminia Ardissino, con su trabajo «La retórica 'ingegnosa': "secreti della natura", novità scientifiche e predicazione nell'Italia barocca», profundiza en una faceta particular de la cultura del predicador, es decir, la ciencia. En el siglo que ve un extraordinario avance de la misma, el predicador se pone al día también en este sector y lo aprovecha no tanto como elemento metafórico, sino demostrando su concreta comprensión. Aquí sí tenga posiblemente cabida una distinción de tipo nacional. Si, como nos ha demostrado Rodríguez de la Flor en su *Península Metafísica*, el científico español tiende a leer la realidad como una selva de jeroglíficos que hay que interpretar en clave moral, en Italia, incluso la ciencia jesuítica, adopta el método experimental y hasta las teorías de Galileo, como demuestra Ardissino, son recogidas a veces por los predicadores. De este modo, «el sermón derivó a menudo en una oportunidad de ejercitar la erudición no necesariamente sagrada, lo cual confirió a la oratoria de aquel siglo un carácter enciclopédico que se avenía con el clima de apertura de otros campos del saber» (pág. 256).

Fuera del ámbito de la literatura espiritual se sitúan las dos contribuciones de Daniele Gomasca y Danilo Zardin. El primero se ocupa de los manuscritos de Giovanni Pietro Italiano -se encuentran en la actualidad en la Ambrosiana de Milán-, que a caballo del siglo XVI y del siglo XVII vino copiando, para su uso personal, varios libros impresos -entre ellos las cartas de Guevara- a pesar de la facilidad con la que se podían conseguir en el mercado. El móvil de esta actividad intensa y continua, que cubre años, es el económico, pero es evidente también la voluntad de asimilar, de personalizar el texto impreso que se enriquece con comentarios, observaciones y resúmenes de los hechos del día. Tenemos, en conclusión, un caso muy interesante de supervivencia de la circulación del manuscrito en la época del texto impreso.

Danilo Zardin, finalmente, se ocupa de las lecturas de Girolamo Cardano en un estudio cuyo título reza «Nell'officina del poligrafo: la biblioteca 'ideale' di Cardano e le fonti dell'enciclopedismo librario». Zardin, desplegando multitud de datos, pero sobre todo una sensibilidad poco corriente a la hora de interpretarlos, nos aclara el mecanismo del préstamo textual, que Cardano considera esencial para el progreso de la ciencia y su divulgación, y aprovechando pasajes fundamentales del tratado pedagógico *Praecepta ad filios*, del *De libris propriis*, del *De clarorum virorum vita et libris*, revela su canon de lecturas, más orientado por lo general hacia la solidez de los clásicos que a la producción moderna. Las páginas finales del amplio estudio se detienen sobre el posible

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 36 (enero-marzo, 2004)

aprovechamiento, por parte de Cardano, de la famosa biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza, donde debieron de atraerle sobre todo, según acertada hipótesis de Zardin, más los manuscritos sobre materias científicas y los orientales, o los impresos de carácter filosófico y científico, que la literatura teológica -o, dentro de la misma, la protestante y filoerasmiana, como en el pasado se ha llegado a sugerir-. «La biblioteca ricamente surtida de un grande de España era una típica conjunción de ambiciones enciclopédicas que reproducía, a una escala más elevada de prestigio -y de disponibilidad de recursos económicos- el gusto con que se habían formado hombres de estudio del calibre de Girolamo Cardano» (pág. 364); y esta biblioteca «no podía sino resultar la expresión de una cultura de aliento internacional erigida sobre el vehículo común de la lengua latina y sobre las conexiones que dejaba aflorar la república de los doctos por encima de las divisiones de cada grupo étnico y confesional» (pág. 366).

En conclusión, se puede afirmar que en pocas ocasiones como esta podemos ver aplicados los logros del desarrollo metodológico de la bibliología como ciencia eminentemente histórica, que ha superado las angustias de disciplina auxiliar, y, sin desperdiciar su patrimonio anterior -un tesoro de conocimientos y técnicas, de estudios y catalogación, potenciado todo ello por la informática-, tiene ahora el perfil de una rama autónoma de la historia, con impresionantes paralelismos con la arqueología, como ha dejado bien claro Lorenzo Baldacchini en sus *Lineamenti di bibliologia* [Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1992], un librito italiano que, lo confieso, me gustaría que se tradujera al español: «El trabajo de excavación que se hace en arqueología tiene como último fin la realización de una especie de 'edición crítica' de la parcela de tierra que se está excavando. Igualmente, el trabajo que se hace en los análisis, en la reconstrucción y en la descripción de un fondo librario tiende -o debería tender- a la realización de una 'edición crítica' de aquel fondo. A la manera de una parcela de tierra, una colección de libros significa algo no solo por los objetos que individualmente la conforman (los libros), sino por el conjunto, por el estado en que se encuentran, hasta por su disposición y asiento que, por tanto, habría que observar y notar, tal como se hace en una excavación bien llevada» (págs. 117-118).

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, X, 36 (enero-marzo, 2004)